

***Ik kan er nét niet bij*** van Sander Verheijen

Traducción: Inge Luken

[Inge.luken@gmail.com](mailto:Inge.luken@gmail.com)

Voorgestelde vertaling van de titel: ***Papá, no llego***

**Prólogo** (*Proloog, pagina 9-10*)

Mi retrovisor está acoplado de tal forma que no puedo ver el tráfico detrás de mí. En su lugar veo el asiento trasero. Justo detrás de mí está Willem que sujeta con la boca a su perro de peluche de Ikea. Mira hacia afuera. Por un momento capto su mirada. Cuando se da cuenta de que lo miro, sonrío. Esos enormes ojos azules. No lo puedo remediar. Son esos momentos en que mi corazón da un pequeño vuelco. Ese hombrecito perspicaz. Se me olvida acelerar cuando el semáforo se pone verde. Ámbar. Espero el siguiente cambio. No escucho cláxones. Seguramente no viene nadie detrás. Poco me importa. Willem tiene un pequeño libro en la mano izquierda. Lo hace girar. Su mano derecha no participa.

Al lado de Willem hay un niño rubio con un casco de bicicleta. Maurits se pone cosas en la cabeza. Un colador, un cubo, una gorra con orejas de Mickey Mouse. Pienso que le da seguridad. Quizás reduzca su mundo; se vuelve más abarcable. Hoy quiso ponerse ese casco a la fuerza. Casi le tapa los ojos. Veo que está abstraído. Se ha retirado al mundo de Maurits donde no hay lugar para mí o para su hermano mellizo algo rebelde. Al igual que su hermano, Maurits también tiene unos preciosos ojos azules. Sin embargo, su mirada está vacía. Observa algún punto en la lejanía. Si no se tratara de un niño pequeño se podría decir que parece alicaído. Había sido un día largo en el colegio con niños nuevos en el grupo. Maurits tenía un amiguito que no ha vuelto después de las vacaciones y esto le inquieta. Los cambios son difíciles. Y francamente desastrosos si no suponen una mejora. Por lo tanto intentamos evitarlos, pero no siempre es posible.

Nuestros chicos acaban de cumplir cuatro años y ahora deberían ir al colegio. A un colegio de verdad, porque así suele ser. Así es cuando tienes hijos sanos, pero ese es un mundo que está muy lejos del nuestro.

Me pregunto cómo se verá desde fuera a mi hijo, con un casco de bicicleta en el asiento trasero del coche. Me hace reír un poco. Verde. Lo veo justo a tiempo. Seguimos circulando.

**La señal de la salida** (*Deel 1, pagina 61-63*)

‘La señal’ se presenta como la adjunta de la adjunta del quirófano. Vale. Eso no se me olvidará. Es una chica guapa. Calculo que tendrá poco más de veinte años. Lleva un traje estéril y... mi cámara de fotos.

—Yo voy a hacer las fotos —dice contenta cuando ve que estoy mirando a mi propia cámara.

—Así tú podrás centrarte en otras cosas. — Se ríe de su propio comentario.

Me parece simpática. Yo también me río, pero de pronto me doy cuenta de que sigo sin tener ni la más mínima idea de lo que se espera de mí.

Qué mal, pienso. Tengo que hacer algo. Resoplar. Contar. ¿Debo marcar el ritmo? ¿O solo tengo que colaborar? Empiezo a sudar. Es como sacar dinero del cajero. Si me detengo en recordar mi número PIN, seguro que me equivoco. Uno de mis mejores amigos tenía una moto hace años. Cada vez que me montaba atrás empezaba a dudar sobre qué debía hacer en las curvas. ¿Moverme de forma sincronizada con mi amigo? ¿O justo lo contrario? Estaba muerto de miedo de hacerlo mal y que por mi culpa nos cayéramos. No obstante, siempre fue bien. Sigo sin saber qué debía haber hecho entonces.

Jip ya está en el quirófano cuando entro. Me siento a su lado. Debajo de sus pechos han colocado una especie de mampara que tapa la vista de su vientre. No me atrevo ni siquiera a darle un beso.

—¿Cómo vas? —pregunto.

—Voy bien —. Mueve la mano hacia la mía y la roza un momento.

¡Qué mujer más serena tengo!

Quiero decir algo más, pero en ese momento vemos aparecer a tres personas con mascarillas por encima de la mampara. Uno me hace un gesto con la cabeza. Debe de ser la señal de salida. Va a empezar. La adjunta de la adjunta da vueltas alrededor de nosotros como una paparazzi y empieza a sacar fotos como una posesa. Deja constancia de todo. Toma muy en serio su cometido. No solo hace una foto en el momento decisivo, sino un reportaje completo de la operación.

No hace falta que siga las respiraciones, ni siquiera que colabore con ellas. Podría haberlo sabido. Se trata de una cesárea.

Transcurridos unos minutos aparecen de nuevo unas mascarillas por encima de la mampara. Ahora me dejan mirar detrás de ella, porque al fin y al cabo el trabajo serio se

hace al otro lado. De pronto, se me hace muy raro pensar que yo, desde aquí veré nacer a mis hijos, mientras Jip al otro lado de la mampara ve una cortina.

El primero, debe de ser Maurits (su nombre provisional era 'Nick'), aparece en seguida. Se cronometra el tiempo. Antes de que me pueda dar cuenta, una de las personas con mascarilla se lo lleva. Ni siquiera estoy seguro de si Jip ha podido verlo. En cualquier caso, Maurits había decidido que ya era su hora de nacer. El más inquieto de los dos. Lloro con ganas y, por lo que yo sé de partos, eso es bueno. La primera parte está en el mundo. Mientras que a Maurits se lo llevan a la otra parte del quirófano, Willem (hasta este momento su nombre provisional había sido 'Simon'<sup>1</sup>) está dando mucho más trabajo al ginecólogo. Noto cómo se me está subiendo la adrenalina. Están tirando de las piernecitas con bastante fuerza. Observo más tensión a mi alrededor, pero solo veo un cuerpecito diminuto de bebé, mucha sangre, ni bracitos ni cabeza. Es como si Willem se opusiera con toda su fuerza a abandonar su lugar seguro. A lo mejor se agarra con las dos manitas a algo. Pero entonces, exactamente cuatro minutos después de su hermano mellizo, el resto de Willem también es expulsado. Oigo llanto y suspiros aliviados. Tras realizar las primeras exploraciones y cortar el cordón umbilical, Willem es mostrado a Jip por encima de la mampara, como un pez recién pescado. Un momento breve, porque la enfermera también se lo lleva en seguida al cuarto contiguo donde está Maurits.

Me siento muy torpe. Otra vez no me queda claro qué tengo que hacer. Me gustaría darle un beso a Jip, pero la adjunta de la adjunta me empuja con suavidad hacia el otro lado, en dirección al cuarto adonde llevaron a nuestros hijos. *Nuestros hijos*. En menos de dos minutos estoy sonriendo tontamente ante mi propia cámara con dos seres diminutos en mis brazos. Pero sobre todo será el gorro de plástico azul celeste en mi cabeza el que hará que esa foto sea un ejemplar de coleccionista.

—No les falta nada — dice una de las enfermeras. —¡Enhorabuena, eres el padre de dos chicos sanos!

En otro rincón alguien está rellenando un formulario.

—¿Cómo se van a llamar? —pregunta.

—El primero es Maurits — digo. —El segundo, Willem.

—Unos nombres muy bonitos, muy holandeses. Hoy en día no se escuchan con frecuencia.

—¡Nombres de la realeza! —dice la otra.

Por primera vez en nueve meses tengo la idea de que lo hemos conseguido. Que lo peor ha pasado. Hemos llegado a la meta. Por dentro doy gritos de júbilo.

---

<sup>1</sup> N.T.: Nick y Simon son los nombres de un dúo de cantantes muy famoso en los Países Bajos

Con mucho cuidado retiran las pequeñas criaturas de mis brazos. Se suceden nuevas instrucciones. La puerta del sitio donde se encuentra Jip ha sido cerrada mientras tanto. De repente todo ha ido tan rápido que ni siquiera pude decir adiós a Jip y menos aún darle la enhorabuena por su proeza. Colocan a Maurits y a Willem en una pequeña incubadora, después de lo cual toda la cuadrilla se desplaza con gran velocidad desde las catacumbas del hospital a unos pisos más arriba. Vamos al ala pediátrica. Es muy raro que Jip no esté. Me siento solo y no tengo ni idea de lo que me espera allí arriba.

## **Supermalo** (deel 2, pagina 95)

Conocemos nuestro cometido. Tenemos que administrar a Willem tres veces al día su Depakine, y es un desastre. Willem lucha como si su vida dependiera de no tener que tragar ese potingue rojo. Se hace cada vez más difícil conseguir que tome una dosis suficiente del medicamento. En el momento en que cogemos la jeringa cierra la boca y aprieta los labios con mucha fuerza. ¡Ni hablar! le escucho pensar. En un intento de convencerle —‘Mira, papá también lo toma’ —averiguo yo mismo que está supermalo. ¿Por qué no pueden hacer ese potingue un poco más sabroso? Fabrican helado con sabor a tarta de manzana y flan con sabor a torrijas. A todo le pueden dar un buen sabor, ¿por qué a esto no?

Nuestra frustración va en aumento a la par de la de Willem. La situación en que nos encontramos nos entristece mucho. La medicación es imprescindible, porque la alternativa implica que Willem sufra más ataques cada día. Sin embargo, en estos momentos significa tener que luchar tres veces al día con un niño que no tiene ni un año. Tres veces cada día el resultado es un niño berreando furioso. Y eso duele mucho. No podemos explicárselo. Eso es lo que lo hace todo más doloroso aún. Jip ya no es capaz de hacerlo, tanto por la enorme tristeza que conlleva cada vez la administración del Depakine como por el enorme esfuerzo que supone darle la sustancia a Willem y que lo trague después. Lo comprendo y procuro estar yo para ocuparme de la faena. Pero, ¡qué mal rato! ¿Cómo podrá confiar mi hijo alguna vez en mí o cómo va a quererme después de lo que le hago una y otra vez?

Cuando Willem se queda tan descompuesto que a duras penas conseguimos apaciguarle, la sustancia roja está por cualquier sitio menos dentro de Willem y como parece que la medicación tampoco tiene efecto, decidimos llamar al neurólogo infantil. ¡Qué alivio cuando éste propone una solución! Existe otra variante: Depakine en gránulos minúsculos. Esa misma tarde, lleno de esperanza, conduzco a la farmacia del centro médico de la universidad de Leiden. Nos dan dos bolsas de cajas. En lugar de esa maldita sustancia roja a Willem le damos ahora dos veces al día dos sobres de gránulos de Depakine y media pastilla de Frisium, ocultos en un postre o en una papilla de frutas. ¡Y funciona! Sin tener que luchar con él. Nos parece una pequeña victoria. Como si, por fin, el viento soplara a nuestro favor.

**Submarino** (*deel 2, pagina 128*)

‘¡Oh, fuck’! Corro a donde está el cuenco de agua de nuestro perro Gant. El plof sordo bastó para que mi alarma empezara a sonar. Se trata de un delito flagrante. Maurits está mirando fascinado el cuenco donde acaba de hundir el teléfono inalámbrico. Veo lo que está pensando sin decir nada: *un submarino*.

Es verdad que el teléfono blanco en el fondo del cuenco de agua se parece un poco a un submarino. Saco el aparato del agua e intento hacerlo funcionar. Mientras tanto explico a Maurits que esto no se debe hacer con un teléfono, pero dudo que sirva para algo. Dice algunas palabras, pero poco hace pensar que vaya a mejorar nuestra comunicación. Maurits iba tan bien. Tras unos pequeños problemas con sus intestinos al principio, su desarrollo transcurrió prácticamente según las reglas.

‘Un niño fácil’. Sobre todo va muy adelantado en el aspecto físico. Cuando tenía año y medio ya subía las escaleras. También pronunció sus primeras palabras dentro del tiempo previsto y en la actualidad come todo lo que le ponemos por delante, aunque tiene una ligera preferencia por los espaguetis a la boloñesa. Sin embargo, de pronto, su desarrollo se ha detenido. Dentro de tres meses va a cumplir dos años.

**Etiqueta** (*deel 2, bladzijde 170*)

—La cosa es que tenemos dos hijos discapacitados.

Jip y yo estamos cocinando juntos. Jip repite lo que acaba de decir.

—San, la cosa es que tenemos dos hijos discapacitados.

Es como si alguien me golpeará la cara con una porra enorme.

—Por Dios, Jip. Eso duele.

Me oigo decir eso y me sorprende tanto ese efecto del golpe como mi propia reacción. *Ya lo sabía. ¿Por qué me sobresalto tanto?* Nos abrazamos. Más fuerte que nunca. No quiero llorar. *No debo llorar.* Jip tampoco llora. Ella es tan fuerte. Apoya su cabeza en mi pecho y siento su respiración. Es un momento intenso. *Dos niños discapacitados.*

Maurits es autista y es un hecho que poco a poco empieza a aceptarse en esta familia y hasta dentro de mi cabeza. Incluso me doy cuenta de que me alegra que ahora tengamos una explicación precisa a aquel ‘ser diferente’ de Maurits. En definitiva, la etiqueta ‘autismo’ resulta ser también un instrumento útil. Una explicación que abarca en una sola palabra que nuestro hijo es diferente, pero que no es anormal. Y eso funciona. Las últimas semanas se me sale sin titubear: —Willem tuvo un infarto cerebral y Maurits es autista. — Poco a poco aquello resuena tan familiar en mi cabeza como la cancioncilla de la serie infantil: ‘Acróbata es Adrián y su amigo Sebastián.’

A veces ni siquiera sé por qué lo digo, incluso a gente que no conozco de nada, pero que mira preocupada cuando intento que los chicos vayan desde el coche a nuestra casa, y sin embargo se lanzan como dos hormigas hacia diferentes direcciones mientras intento evitar una caída de Willen o que Maurits salga corriendo por la calle. O cuando doy una vuelta con nuestro perro, Gant, y Maurits de repente se planta delante de mí con los bracitos extendidos para que lo levante y con una fuerza desconocida se agarra a mi cuello y aprieta sus pequeñas piernas alrededor de mi cintura para no soltarme nunca más.

Esto último es nuevo y no solo me confunde, sino también me está haciendo polvo a la espalda. Se está convirtiendo en una costumbre y eso es alarmante, porque las costumbres de Maurits vienen para quedarse.

Jip y Willem dicen adiós con la mano detrás de la ventana cuando cierro la puerta de la casa tras nosotros. Maurits me agarra en seguida la mano derecha. Gant nos sigue sin prisa, arrastrándose. Durante el fin de semana y después de las seis de la tarde siempre dejamos que nuestro perro viejo ande suelto. La posibilidad de que pongan una multa es casi nula y Gant anda y escucha mucho mejor si no está atado. No hemos salido aún de nuestra calle cuando ya noto que Maurits empieza a apretar más mi mano. Apenas hemos dado diez pasos y ya se planta delante de mí y con sus preciosos ojos azules me mira llena de esperanza.

—No, Maurits. Papá no te puede llevar todo el camino —intento. La respuesta de Maurits es que extiende aún más sus bracitos hacia mí y empieza a lloriquear. Como no tengo ganas de dar un espectáculo en mitad de la calle, le subo por los brazos hasta que él aprieta las piernecitas contra mi cintura. Me agarra con fuerza y reposa su cabecita en mi cuello. Le escucho ronronear suavemente.

Damos una vuelta pequeña. Es la única ventaja añadida de tener un perro viejo. No es necesario ir tan lejos y en este tipo de situaciones es una gran diferencia tener la espalda un poco dolorida o muy dolorida.

**Pingüino** (*deel 3, pagina 274*)

Gracias a nuestra librería abarrotada no creo que haya problema para que nuestros hijos se interesen por la lectura. Estoy convencido de ello. Un aficionado a leer nace por la gracia de la presencia de libros. Mi pasión por los libros – y en mi caso, sobre todo, libros de suspense – nació porque en la librería de mis padres la serie de quintillizos de Agatha Christie, las obras completas de *El Padre Brown* y una serie de detectives de Maigret, compitieron para captar mi atención.

La librería en nuestra casa ocupa toda una pared, convirtiendo a los libros en objetivo por excelencia de las manitas ágiles de estos dos pequeños exploradores. Tanto Willem como Maurits tienen una verdadera predilección por el crimen y desde ya hace año y medio encontramos los libros del periodista criminalista, Peter R. de Vries, en los lugares más inimaginables en nuestra casa. La mayoría aún se encuentra en un estado razonable y completo, pero otros libros han sucumbido al continuo interés de ambos. Yo no querría ser un libro de los primeros, segundos o terceros estantes de nuestra librería.

Ahora que los intereses de Maurits alternan con mucha rapidez entre el clásico *Winnie de Poeh* y las cabriolas destructivas de los *Minions*, constato que su preferencia por los personajes malvados va en aumento. Su atención ya no se centra toda en Álex, el león, la cebra Marty o la girafa Melman, no, desde hace poco tiempo también le encantan los pingüinos. Y para ser justo, yo también me lo paso en grande viendo las películas que Maurits devora.

Sin embargo, ahí no se queda la cosa, porque al mismo tiempo *El secuestro de Alfred Heineken*, hasta entonces uno de sus libros favoritos, no ha podido competir con un libro de bolsillo que tiene una cruz gamada en la cubierta. Ya es hora de que hablemos de su fascinación por el mal.

- ¿Cómo deberíamos interpretarlo? —le pregunto a Jip riéndome cuando cojo por enésima vez esta semana el libro del suelo, una biografía de Hitler que compré hace años en Inglaterra, y lo vuelvo a colocar en su sitio.
- Yo no me preocuparía. —Siento un beso en la nuca. — Seguro que son las letras plateadas del título y la forma del símbolo que le gusta a Maurits. No buscaría otro motivo.

Esta explicación me parece plausible. Los dos sonreímos.

Unos días más tarde Maurits está de nuevo delante de la librería. Sin embargo, esta vez su atención no va dirigida a los libros de los estantes inferiores. Señalando una de las hileras de libros arriba en la estantería, exclama: ‘¡Libro de pingüinos! ¡Libro de pingüinos! Papá, no llevo.’

Examino el estante que me señala y compruebo lo que ya sé: *no tenemos libros sobre pingüinos.*

— Papá no tiene libros de pingüinos, Maurits, —digo, pero el efecto deseado no llega. No se deja convencer.

‘¡Libro de pingüinos!’ Las exclamaciones se han convertido en gritos. Como sigue señalando y reclamando el libro, decido resolverlo enseñándole que no hay ningún libro de pingüinos en nuestra librería. Subo el niño y lo llevo a la altura de los ojos del estante del que él está seguro de que hay un libro de pingüinos. Y, de repente, yo también lo veo.

En el momento en que extiende su bracito al libro, veo la imagen desdibujada de un pingüino en el lomo. En *Syrup*, el primer libro del escritor australiano Max Barry, aparece el logo de la editorial Penguin.

Cuando pongo a Maurits en el suelo con su tesoro de pingüino conquistado, completa su hilera de libros con su nuevo botín. En el suelo están *Jane Eyre* de Brontë, *Greyfriars Bobby* de Atkinson, *Whatever you think, think the opposite* de Arden y la biografía de Hitler (cruz gamada inclusive) en una hilera perfectamente ordenada con una sola coincidencia; todos tienen un pingüino en el lomo.

Mi hijo y su singular cerebro. Lo amo.